

a los enfermos de la clase media, el doctor Millán fundó un sanatorio privado, el Floresta, donde siempre se asistió a los enfermos con respeto y generosidad.

Aunque algunos años menor, Millán formó parte de ese grupo que con Leopoldo Salazar Viniegra, Raúl González Enríquez, Guillermo Dávila y Samuel Ramírez Moreno, inició el desarrollo de la psiquiatría moderna en México.

En la intimidad, Alfonso Millán fue hombre de costumbres austeras, afable y cálido; muy devoto de su familia y genuinamente interesado en los problemas humanos.

Ahora ocupa un lugar de honor entre quienes, con su inteligencia y su esfuerzo, han contribuido en forma distinguida al desarrollo de la medicina en nuestro país.

AL DOCTOR CLEMENTE VILLASEÑOR

In memoriam

CARLOS VÉJAR LACAVE *

Muchas notas luctuosas son síntesis biográficas, que acentúan naturalmente en lo positivo. Confieso que siendo la primera que hago y sin gustarme el género, no me ceñiré a moldes clásicos. Por eso no sé cómo empezar. Para mí la muerte es acto fisiológico, que a mí mismo me espera a no muy largo plazo; por tanto la veo con naturalidad, sin angustias ni temores. Lo horrible es la vida, sobre todo ese trozo de vida que acompaña a la muerte y que suele ser desolador y doloroso, a veces muy doloroso. Por fortuna no fue así para Clemente, que murió apaciblemente viendo una enfermera; ojalá haya sido bonita.

Le conocí cuando yo era médico joven. Pocos se atrevían a interesarse en una especialidad como la suya, que no retribuía económicamente y alejaba de la me-

dicina clínica. Pero se trataba de un muchacho algo descentrado, iluso y entusiasta, a quien no importaba mucho poner los pies en la Tierra. Había sido impresionado por el maestro Tomás Perrín, galano y discursero, inteligente y cultivado, excelente expositor, alma de poeta y dotes de educador. Sensible y delicado, nuestro recién médico Villaseñor, toma la ruta que describe microscópicamente el estado patológico, y es pionero en el estudio de las alteraciones que la muerte produce en la vida.

Hijo de militar nace a principios de siglo en Guadalajara, de familia de clase media, y le tocan en su niñez, las vicisitudes de la lucha revolucionaria. Traslados forzados, pobreza, escasez y también disciplina, organización, triunfo y derrota. Todo ello estructura un carácter, templea el nervio y afina la voluntad. El chiquillo

* Académico titular.

es hombre antes de tiempo y con fiereza y con orgullo decide su propio porvenir. El será médico.

Contrae matrimonio y más tarde viene la oportunidad de su vida; el viaje y los estudios de postgrado en Europa. Para Clemente había además la ilusión de estar cerca de don Santiago Ramón y Cajal, premio Nobel y gloria de la medicina española.

Lo imaginamos en Madrid, con sus cuadernos bajo el brazo paseando por las arboledas del Prado, y luego oyendo la docta palabra del maestro mientras el ojo atisba un trozo de tejido en el microscopio. Y tuvo otra dicha, tan grande como esa. En el mismo inmueble vivía León Felipe, y compartió con él ilusión, vida y pensamiento. Su amistad duró hasta la muerte del poeta. Hubo, tenía que haber, días de angustia, porque había dejado en México hijos y mujer, y mientras la Villa le ofrendaba su castizo encanto, el corazón y la mente trabajaban muchas noches reconstruyendo el cuadro familiar y forjando planes para el futuro.

Ya la revolución en España empezaba a arder sus fuegos cuando el regreso se impuso. La ilusión que llevaba al ir, era duplicada ahora, al volver. Lo mismo nos ha pasado a todos los que hemos salido de la patria. ¡Qué fuerza tiene lo nuestro; cuánto se mete México en el alma de sus hijos! Helo aquí otra vez entre nosotros, decidido ahora a vivir su vida, a forjar un porvenir con su trabajo. Ingres a al Hospital General como patólogo y sus estudios empiezan a hacerse sentir en ese ambiente, el mejor ambiente médico de México entonces. Los clínicos empezamos a sentir cómo la patología modificará todo y establecerá nuevas normas de trabajo,

que nos conducirán por un camino mejor a las mayores conquistas.

Isaac Costero aparece entonces, Nacho González Guzmán es amigo y compañero. Otros más, que olvido, unen su vigorosa personalidad a un afán inteligente de modificar y poner nuevas bases en nuestra ciencia. Clemente es de ellos, y es en esta época que ingresa a la Academia Nacional de Medicina.

Su familia es grande, seis hijos y una esposa adorable, colaboradora ideal, compañera en las altas y bajas que la vida tiene. Entre ambos educan y forjan hombres de bien, en esa fragua que es el hogar. Uno de ellos es médico, que dirige ahora una de nuestras más importantes instituciones hospitalarias.

Los domingos interrumpe su vida de trabajo, y juega tenis en el Club Inglés. Ve a los amigos y encuentra salud y esparcimiento en ese ambiente, y sobre todo camaradería, fundamentalmente médica. Algunos de esos compañeros ya se fueron, gentes de la talla de un Rosendo Amor y un Ignacio González Guzmán; otros están aún ahí y lo recuerdan aunque no escuchen mis palabras, Jesús Aranalde, Julio César Graham, Jaime Woolrich y seguramente muchos más que no conozco o que olvido.

Todos saben, y al compás del recuerdo atestiguan, de su buen carácter, de su sentido del humor; lo que le hacía a veces parecer irónico cuando no festivo. Pero todo era siempre índice de confianza, de pronta amistad, de deseo de fraternizar. Su estilo siempre alegre, su amistad franca, su bondad proverbial y su trato amable, definieron una personalidad que ahora mis frases tratan de hacer presente aquí.

Mil gracias a los familiares que nos acompañan y mil condolencias. Mil gracias a la Academia Nacional de Medicina y a sus dirigentes que ahí honran a sus miembros. Clemente Villaseñor, motivo de este homenaje, tuvo los aciertos y los yerros que todo hombre debe tener, y

que me sirven para terminar diciendo, que lo fundamental en cualquier individuo, es su reciedumbre de varón, reciedumbre que no se opone a nuestro ser falible, pero que define la actuación como la de todo un "hombre"; y cuando el sustantivo es bueno salen sobrando los adjetivos.

AL DOCTOR JOSE LUIS GOMEZ PIMIENTA

In memoriam

LUIS SÁNCHEZ ILLADES *

Nació en el presente siglo. Bajo el azul y límpido cielo de Juchitán, Jalisco.

Cursa sus estudios en la Universidad de Guadalajara, donde recibe el título de médico cirujano el año de 1929.

Ya desde este lejano momento, refleja lo que será el curso de su vida, al escribir su tesis, "El tratamiento de la tuberculosis pulmonar con el neumotórax artificial".

Con él, la tuberculosis tiene un tenaz enemigo, que no descansará un solo instante, y desde todos los flancos ha de atacar; y así, el mismo año de 1929, ocupa el cargo de jefe de uno de los servicios de neumología del Hospital General de la Secretaría de Salubridad.

Su lucha es desigual, y siente la necesidad de una mejor preparación; participa en un concurso y triunfa sobre un grupo de relevantes competidores, y al lograr la beca Roussell, marcha a París, donde en fructífera estancia, recibe cursos de especialización.

* Académico titular.

Regresa a su mismo puesto, y ahí continúa la lucha por 23 años de labor constante y tesonera, aunque fuesen en aquel entonces muy escasos los medios terapéuticos, pero con el acopio de sus amplios conocimientos y ante un mundo atacado arteralmente por la contagiosidad y gravedad inexorable del padecimiento.

En 1952, es nombrado Director del Instituto de Neumología, en el que urge la fundación de los Departamentos de Investigaciones Fisiológicas y el de Bacteriología.

Es bajo su iniciativa que se establece la carrera de neumólogo en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En 1939, anhelando llevar a todos los estratos sociales el beneficio de su experiencia y de sus investigaciones funda en la Penitenciaría de Lecumberri el servicio de neumología que continúa funcionando hasta el presente.

Su infatigable labor le lleva al desarrollo de los dispensarios antituberculosos y